

## De la primavera al otoño: ¿democracia «a lo árabe»?

Ariel Segal

### 1. Introducción

Las rebeliones populares en el Oriente Medio y el Magreb (países árabes del norte de África), a las que la prensa calificó como «primavera árabe», despertaron esperanzas para algunos e incertidumbres para otros, sobre la posibilidad de que estas naciones adopten o, adapten a su cultura, el sistema democrático occidental. ¿Pueden sociedades que nunca vivieron en democracias liberales —que se consolidaron de manera muy gradual y traumática en Europa— transformarse en poco tiempo en ciudadanos de repúblicas con gobiernos tolerantes al pluralismo, la libertad y elecciones transparentes? ¿Es comparable el caso de Egipto con el de Libia, o con Bahreín, al analizar el movimiento de protestas que ocurren en esas naciones y en el resto del mundo árabe?

La primera pregunta retórica es difícil de contestar, puesto que si bien históricamente las naciones democráticas de hoy tuvieron que experimentar muchas décadas traumáticas y de confrontación violenta entre conservadores y liberales, para llevar a la práctica las primeras ideas modernas de la democracia, también es cierto que la globalización —sobre todo en su aspecto de acceso a información e inspiración (cuando millones de personas se enteran del privilegio de vivir en libertad en otras partes del mundo) — puede ser un contexto que influya sobre la velocidad con que hoy en día se determinen cambios radicales de regímenes dictatoriales. Así como ocurrió con los países del ex bloque comunista en Europa del Este a partir de 1989 cuando velozmente se instauraron regímenes democráticos a imagen y semejanza de occidente, nadie hubiera imaginado en enero de este año que para marzo ya no gobernaría en Túnez el dictador Ben Ali, ni que Hosni Mubarak tendría que renunciar por presión popular en Egipto ni que los regímenes totalitarios de Siria y Libia, y el monárquico de Bahreín, estarían a la defensiva ante masivas y continuas protestas populares.

Lo que sí es definitivo, para el análisis de las rebeliones en el mundo árabe, es que si bien hubo un «efecto dominó» que señala el hartazgo de millones de personas contra sus regímenes corruptos y represivos que los privan de un mínimo de bienestar desde hace muchas décadas, hay que estudiar caso por caso, cuáles son las características de cada país en donde hay alzamientos populares. La Libia tribal de Gadafi tiene enormes diferencias con el Egipto mucho más consolidado por la integración de su población a la idea republicana, o con el inestable Yemen fragmentado por una larga guerra civil y la Bahreín en donde la rivalidad de siglos de las ramas del islam sunita y chiíta son determinantes en su conflicto interno, o la Jordania en donde el reformista rey Abdallah II es sumamente popular.

Si bien todos los países árabes tienen en común su origen (emigrantes de la península arábiga); todos tienen como lengua oficial al árabe, comparten una cultura originaria de los desiertos de Arabia y son mayoritariamente de población musulmana, con el paso de siglos y tras el colonialismo europeo, cada nación alcanzó una identidad propia para cuando obtuvieron su independencia, y la realidad de una no necesariamente es replicable en la de otra.

## **2. El legado colonial**

Desde el siglo VII, cuando Mahoma y sus sucesores crearon el primer imperio árabe islámico en el Oriente Medio y luego se expandieron hacia el norte de África, los musulmanes sunitas —seguidores de Abu Bakr, el gran compañero de batallas del profeta del islam— instauraron el llamado Imperio omeya. A partir de ese momento comenzaron las confrontaciones por el poder para dirigir al Imperio (califato), y el yerno de Mahoma, Ali, y sus sucesores conocidos como los chiítas, fueron depuestos de cargos en el poder (Ali fue asesinado en un intento de retomar el poder del califato). Desde entonces, durante siglos, los sunitas y los chiítas profundizaron su brecha, lo que originó enfrentamientos bélicos entre ellos a lo largo de trece siglos, cada vez que los chiítas lograban formar un pequeño imperio que pudiese derrotar a los más grandes y consolidados sunitas que siempre dominaron los lugares más santos del islam: La Meca y Medina, en Arabia.

Para los árabes, en su mayoría musulmanes, la entrada de tropas francesas e inglesas a sus territorios, luego de la I Guerra Mundial, fue un hecho que consideraron análogo al de las cruzadas, una época traumática transmitida de generación en generación, cuando por un siglo, del XI al XII d. C, los conquistadores católicos europeos perpetraron perversas masacres y destruyeron muchos de sus lugares sagrados. Los actuales grupos islamistas radicales explotan para su provecho el recuerdo histórico de las

cruzadas para comparar al Occidente actual laico con aquel feudal y fanático que confrontó a dos civilizaciones.

La penetración occidental moderna al mundo árabe comenzó por África, con la incursión militar de Napoleón Bonaparte a Egipto, y luego se extendería a Túnez y lo que hoy son Mauritania, Marruecos (una parte que pasó luego a ser una colonia española), mientras que la mayor parte de Libia fue colonizada por Italia. El Oriente Medio estuvo controlado durante casi cinco siglos por el Imperio turco otomano, pero su alianza con el Imperio austrohúngaro y Alemania, perdedores de la «La Gran Guerra», ocasionó que Francia e Inglaterra se repartieran sus provincias.

Es así como los británicos le concedieron rápida independencia a Egipto, en 1922, e instauraron una monarquía que respondía a sus intereses. Lo mismo hicieron en la península arábiga con el líder religioso de la tribu hachemita que colaboró con ellos a expulsar a los turcos, el protector de la Meca Husain (derrocado en 1932 por la tribu Saud, por la cual, se formó así la monarquía de Arabia Saudita), y aunque la Sociedad de Naciones creada en 1919 les concedió el derecho a crear en el Oriente Medio mandatos (eufemismo para referirse a una «colonización temporal»), Gran Bretaña forjó la creación, en 1922, del Emirato de Transjordania (hoy Reino de Jordania), y dividió a Palestina en dos entidades diferentes separados por el río Jordán (al oeste quedó lo que hoy es Israel, Gaza y Cisjordania); y luego los ingleses se retiraron de la actual Iraq en donde se formó un reino en 1932. Así las cosas tres países árabes fueron dominados por los hachemitas: Arabia hasta el derrocamiento de Husain, Iraq con Faisal I y Faisal II —que fue destronado y asesinado por los antecesores militares de Saddam Husein—; y solo sobrevive hoy la monarquía hachemita de Abdallah II de Jordania.

Francia se encargó de lo que hoy es Siria y el Líbano y, en 1920, expulsó a Faisal de Damasco (por lo cual los británicos le asignaron lo que hoy es Iraq para fundar una monarquía), y crearon un mandato que dividió su territorio en cinco pequeños estados sobre la base de criterios étnicos y religiosos (por eso surgió el Líbano como un país propio para los árabes cristianos, única excepción junto a Israel en un Oriente Medio mayoritariamente musulmán). En la década de los años treinta del siglo pasado, los libaneses se rebelaron contra Francia e intentaron unificarse, sin éxito, bajo una misma Constitución y fueron sometidos por ese país hasta que los representantes del gobierno títere de la Alemania nazi, el régimen de Vichy, fueron expulsados por las fuerzas inglesas y francesas de la resistencia. Finalmente, en 1946, con presión británica, los franceses abandonaron Siria.

Los sirios siempre han considerado que el Líbano debería ser parte de su territorio pero los libaneses, que ya habían proclamado su independencia en 1920, en la revuelta

contra el rey Faisal, décadas después convencieron a Francia y Gran Bretaña, antes de su retiro del Oriente Medio, que exigieran a Siria respeto a su soberanía.

Las divisiones creadas por Francia en Siria y el Líbano hacen que estos dos países estén hoy profundamente divididos en comunidades religiosas y grupos étnicos que provocan que en el primero, una minoría controle de manera totalitaria al país (los alauitas, una subsecta del chiismo dominan a la mayoría sunita), y, en el segundo, exista una democracia frágil que ha sufrido varias guerras civiles y en el presente su estabilidad depende de lo que se decide en Damasco y Teherán<sup>1</sup>.

Por su parte, en el Magreb la independencia se logró con la salida de los franceses de las tierras en donde hoy están Mauritania, parte de Marruecos y Túnez; el retiro de los británicos de Egipto y de los italianos de Libia.

### 3. Identidad Nacional vs. Religiosa

Después de la II Guerra Mundial la idea republicana había calado en la mayoría de las excolonias europeas y la década de los cincuenta fue, sobre todo en África, de luchas independentistas para conformar naciones a imagen y semejanza a la de sus antiguos imperios que dejaron de serlo. En el Oriente Medio y el Magreb, hubo dos corrientes de pensamiento: aquellos que rechazaban la fragmentación del mundo árabe por considerar que el concepto de naciones no se adaptaba a la idea original del islam que desde su surgimiento siempre tuvo uno o más imperios en los cuales política y religión eran inseparables; y el que causó furor en la mayoría de los pueblos árabes, el nacionalismo laico.

En el primer caso, varios países lograron y hasta hoy lo hacen, mantener un equilibrio entre el nacionalismo y el islam, a través del sistema monárquico como en el caso de Arabia Saudita y países del golfo pérsico: Omán, Qatar, Bahréin, Emiratos Árabes Unidos y Kuwait (solo la Irán persa e Iraq, no son reinados o emiratos). En estos países se gobierna de acuerdo a la ley islámica (*shaaria*), pero ninguno de sus regímenes tiene pretensiones o el poder militar para restaurar un imperio islámico.

Por otro lado, con la excepción de Jordania y Marruecos que tienen monarquías liberales (no basadas en la *shaaria* o ley islámica) y con la excepción de el Líbano, Siria y Mauritania que se convirtieron en repúblicas tras su independencia, en el resto de los países árabes los monarcas fueron destronados por sectores del ejército que crearon también repúblicas dictatoriales: el Movimiento de Oficiales Libres de Gamal Abdel

---

<sup>1</sup> Ver mis artículos sobre ambos países en: <http://arielsegal.wordpress.com/2011/03/31/va-en-siria/> y <http://arielsegal.wordpress.com/2011/03/14/el-libano-en-su-laberinto/>

Nasser destronó al rey Faruk en 1952; Mohammed VIII de Túnez fue desplazado sin violencia por el movimiento nacionalista de Habib Burguiba en 1957; Faisal II de Iraq fue asesinado en 1958 por un grupo militar de ideología similar al del régimen de partido único de Siria, el Baath; y Muamar al-Gadafi encabezó un golpe de estado en 1969 derrocando al rey Idris de Libia.

Dado este panorama, en la década de los años sesenta del siglo pasado los árabes apostaron al nacionalismo y a la búsqueda de una unidad entre los diferentes países, no a través del islam, sino de la identidad cultural que los unía. Esta ideología se conoció como el panarabismo. Por su parte, grupos de árabes musulmanes rechazaron esa ideología secular y nacionalista por considerarla ajena a la estructura político-religiosa del pueblo árabe musulmán y se organizaron en función de captar, a largo plazo, a millones de seguidores que lucharían por la restauración de un imperio islámico basado en la *shaaria*. El primero de estos grupos, conocidos hoy como «islamistas», se fundó en Egipto en 1928 bajo el nombre de Los Hermanos Musulmanes y hasta hoy, esta organización sunita con ramas en otros países árabes y vínculos con Hamas en Gaza, Al Qaeda y otros grupos radicales islamistas, continúa predicando junto a sus pares, una *yihad* (guerra santa) con el fin de derrocar a los gobiernos árabes laicos y volver una teocracia parecida al califato originario que hubo en sus territorios desde Mahoma hasta el derrumbe del sistema imperial con el colapso de los turcos otomanos<sup>2</sup>.

El islamismo como ideología, entonces, estaba representado por pequeños grupos que no tenían mayor acogida popular ante los regímenes que surgieron a raíz de los movimientos nacionalistas árabes, con líderes carismáticos que fueron idolatrados en el mundo árabe: Gamal Abdel Nasser de Egipto, Ben Bella y Boumedienne en Argelia, Gadafi en Libia, Yasser Arafat de la Organización para la Liberación de Palestina, etcétera.

El panarabismo comenzó su declive a medida que los primeros gobiernos dictatoriales laicos fracasaron en proveer de bienestar a ciudadanos que tenían altas expectativas de sus líderes. El fin de la «guerra fría» fue la última estocada contra esta ideología puesto que la mayoría de las naciones árabes eran aliadas de la ex Unión Soviética, y de la noche a la mañana, sus gobernantes hicieron alianzas con las potencias occidentales a las que habían demonizado durante cuatro décadas. Esta contradicción causó un gran desencanto a millones de árabes desde Iraq hasta Mauritania.

Otra parte fundamental de la identidad nacional árabe era el dogma de que Israel era la causa de todos los males del Oriente Medio (muchos países, incluso sin frontera con esa nación, se autoproclamaban como los que liberarían a los palestinos cuando

---

<sup>2</sup> El caso de Egipto puede verse en <http://arielsegal.wordpress.com/2011/04/29/el-largo-y-tortuoso-camino/>

no libertaban a sus propios ciudadanos de la miseria y de la represión). Luego del fracaso de Nasser en derrotar a Israel cuando Egipto fue humillado en la guerra de los Seis Días en 1967, millones de árabes no pudieron comprender cómo aquellos líderes que prometieron durante décadas aniquilar a la «entidad sionista diabólica», hicieron un giro de 180 grados y a partir del acuerdo de paz entre Egipto e Israel en 1978 (entre Sadat y Begin), comenzó un largo período de tregua hasta que la OLP de Arafat y el rey Hussein de Jordania iniciaron procesos de paz con Israel en 1993 y 1994, respectivamente.

La alianza de las monarquías petroleras del Oriente Medio con Estados Unidos y Europa; y las guerras intermusulmanas (la Irán teocrática de persas chiitas *vs.* la Iraq de minoría sunita dominando a una mayoría árabe chiita entre 1980 a 1988, tres décadas de guerra entre Libia y Chad, etcétera) con un liderazgo que permitió la entrada de tropas occidentales a los territorios más sagrados del islam durante la guerra del Golfo Pérsico contra los ejércitos de Saddam Husein en Kuwait en 1990-1991 terminaron por fragmentar a las naciones árabes. Algunos regímenes no estaban de acuerdo con aquellos que reconocieron al Estado de Israel o que enviaron tropas a Kuwait. Con una situación de gobiernos disfuncionales que no combatían con seriedad la pobreza extrema y con la dignidad golpeada, muchos árabes se identificaron con el aura de gloria que reflejaban compatriotas que se unieron a los Talibanes (seminaristas islamistas paquistanés y afganos) a una guerra santa (*Yihad*), contra la Unión Soviética que había invadido a Afganistán. La retirada del ejército rojo de ese país musulmán fue celebrada por millones de musulmanes (árabes y de otros pueblos), como la suya propia y pronto, muchas familias se unieron a grupos islamistas en sus países que pregonaban la visión fanática del primer ejército internacional de «guerreros santos» (yihadistas), Al Qaeda.

Es así como en la década de los años ochenta y noventa comienza el islamismo a desplazar al nacionalismo y al panarabismo como la ideología heroica capaz de devolver el orgullo a los musulmanes, y desde entonces, todos los países árabes experimentan la crítica situación del incremento de grupos islamistas que —inspirados por la revolución islámica de Irán de 1979 del ayatola Khomeini y luego por los éxitos militares (y terroristas) de Al Qaeda, Hamas, Hezbolah, etcétera— intentan derrocar a gobiernos laicos sunitas para sustituirlos por regímenes teocráticos que subordinen el poder civil al religioso.

Así las cosas, los árabes hastiados de sus regímenes dictatoriales laicos o monarquías fundamentalistas o liberales, que no han saciado las expectativas básicas de calidad de vida, educación, o incluso, dignidad, hoy se ven seducidos por dos polos opuestos: el del islamismo que plantea un sistema que brinda certezas ante visiones fundamentalistas de la religión, o la que miles de jóvenes de Túnez, Egipto y otros países árabes

que parecen estar reclamando con vehemencia: un sistema de mayor libertad política y económica que les brinde oportunidades de superación personal y colectiva.

#### **4. ¿Va el mundo árabe hacia la democracia?**

Es difícil pronosticar si las protestas populares de Túnez y Egipto, que condujeron a la salida del poder de dos dictadores longevos, culminarán de acuerdo a los deseos de libertad y elecciones transparentes que exigen las masas que tomaron las calles en esos dos países. Por el momento, en ambas naciones hay gobiernos de transición que prometen realizar procesos electorales en el futuro cercano y está por verse si respetarán totalmente la decisión popular, incluso si eso implica la pérdida de privilegios que como élite han gozado durante décadas.

Las naciones árabes nacieron como monarquías o dictaduras y —con excepción de un frágil sistema parlamentario en el Líbano que colapsó con la guerra civil de 1975 en ese país— ninguna de sus sociedades han pasado por los procesos traumáticos que solventaron a las repúblicas democráticas europeas y del continente americano. Desde este punto de vista es ingenuo pensar que en pocos meses, las protestas de tunecinos, egipcios, sirios, yemenitas, etcétera, se traducirán en nuevos regímenes con democracia «a lo occidental».

Algunos académicos señalan que el islam no es una religión que pueda congraciarse con los conceptos políticos de la ilustración en occidente, como el de la división de poderes, la libertad y la realización de elecciones justas, puesto que desde su surgimiento, los imperios musulmanes siempre funcionaron de acuerdo a la shaaria o en el caso de los árabes, chocan con su estructura social de relaciones jerárquicas en las cuales el principio de autoridad se disputa entre dinastías y tribus.

Quienes parten de esa premisa no toman en cuenta que también Occidente duró siglos para salir de sistemas teocráticos y le tomó décadas para aplicar en la práctica las teorías políticas del liberalismo constitucional (el sistema que garantiza la igualdad de todos ante la ley, y por ende, garantiza la libertad de expresión, opinión, credo, etcétera). Quizá, las actuales protestas son un reflejo de que los árabes comienzan a experimentar un período similar al de la ilustración occidental, y en ese caso podrán, gradualmente, vivir en democracia. Por supuesto, esto no se aplica para los reinos fundamentalistas como los de Arabia Saudita y de los países del golfo Pérsico mientras mantengan un sistema monárquico, ni mucho menos se hará realidad en las naciones en donde grupos islamistas tengan mucho poder, puesto que para ellos la democracia es un sistema que conduce a valores contrarios a los de su interpretación del Corán y al sistema imperial que ellos sueñan con restaurar. Es por esto que, en el caso egipcio,

muchos dudan que los Hermanos Musulmanes respetarán las reglas de la democracia a largo plazo, así como en el Líbano el Hezbolah chiíta pro-iraní patea el tablero cada vez que el gobierno de unidad nacional en el que participan toma una decisión contraria a sus objetivos, o como el Hamas islamista en Gaza hizo un golpe al ala secular del movimiento nacionalista palestino, Fatah, y hoy gobierna ese pequeño territorio bajo un estricto régimen islámico.

El islam, como todas las religiones, no se define por lo que su texto sagrado dice sobre la religión, sino con lo que las personas que lo practican hacen con ella, por lo que, en su versión moderada el islam no se contradice con la democracia como lo demuestran los casos de Indonesia y Turquía (aunque hay quienes tienen dudas del futuro de ese país como nación laica con el actual gobierno del popular primer ministro Erdogan). Incluso, países musulmanes con alta proporción de población religiosa como Pakistán, han elegido a mujeres como primer ministro (Benazir Buttho, por ejemplo).

Además del islam, otro factor importante a tomar en cuenta para analizar la posibilidad de que los pueblos árabes estén listos para la democracia es el de su estructura social-cultural. El Oriente Medio, África del Norte (y casi en su totalidad) y Asia Central, en donde están los países de mayoría musulmana, todavía viven bajo sistemas tribales y por lo tanto, la identidad nacional es aún algo difusa con respecto a la de las naciones modernas. En muchos casos la lealtad a la tribu o a una comunidad religiosa es mayor que el sentimiento de pertenencia a una nación, por lo cual, es utópico tener expectativas que en lugares en donde aún prevalecen estructuras medievales se pueda instaurar la democracia, cuando este es un concepto solo aplicable al de los Estados nación. El sistema basado en el Estado laico, en donde hay ciudadanos iguales, es incompatible con el sistema confesional y tribal de muchas sociedades en el mundo adonde no llegaron las ideas de la emancipación occidental, y esto hace que muchos tengan falsas expectativas sobre la democratización de pueblos que aún no poseen una sólida identidad nacional.

## 5. El factor tribal

Tres países árabes siguen sacudidos por conflictos inspirados por las protestas que sacaron del poder a los dictadores Ben Ali, de Túnez, y Mubarak, de Egipto, pero en el caso de Libia, Siria y Yemen, más que revueltas populares están ocurriendo alzamientos de carácter tribal y religioso, lo cual dificulta el derrocamiento de sus inclementes tiranos<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Esta parte ha sido elaborada con información previamente publicada en línea por el autor en <http://arielsegal.wordpress.com/2011/02/11/yemen/> y <http://www.analitica.com/va/internacionales/opinion/2709518.asp>.

Veamos, en primer lugar y con cierto detenimiento, el caso de Yemen. Este es un caso más complicado pues se unificó en 1990 luego de haber existido como dos repúblicas independientes: la del norte, primero monarquía y luego dictadura, y la del sur, con régimen comunista prosoviético. Luego de la unificación se designó al líder de la república del norte, Ali Abdullah Saleh, como presidente. Sin embargo, persisten profundas divisiones religiosas, entre sectas chiítas y sunitas; ideológicas, entre guerrillas socialistas y su gobierno prosaudita; tribus opuestas al régimen como la responsable del atentado que le produjo quemaduras al dictador Saleh (junio 2011), que se niega a abandonar el poder, y por si fuera poco, Al Qaeda controla una buena parte del país.

Entonces, ¿se puede incluir a Yemen a la lista de países que está siguiendo la «vía tunecina» de revueltas contra largas dictaduras porque en algunas de sus ciudades —especialmente del norte— hay protestas contra su presidente Ali Abdullah Saleh, en el poder desde 1990?

La respuesta es compleja, puesto que a diferencia de Egipto y los países del Magreb (norafricanos árabes), Yemen es un Estado fallido, con un gobierno que solo controla una parte del norte del país, inmerso en una larga guerra civil y con áreas controladas por diferentes grupos.

Fundado en 1947 como una monarquía, en 1962 los militares destronaron a la dinastía de la rama del islam chiíta Zaydi que cogobernó al Yemen desde el siglo VIII, bajo la supervisión de otros imperios musulmanes como el turco, y luego, de la vecina monarquía de Arabia Saudita que expandió su doctrina sunita fundamentalista, el wahabismo, a millones de sus actuales habitantes.

A partir de 1962 el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser vio la oportunidad de incorporar a Yemen, ahora bajo una junta militar, a la alianza ideológica del panarabismo que predicaba la integración árabe bajo la noción de la etnicidad (origen y lengua común) y no del islam (religión). Con la asistencia saudí en el norte de mayoría zaydi, y la de Egipto a guerrillas el sur, el país se dividió en dos repúblicas que se unificaron en 1990. Las confrontaciones actuales aún están signadas por las diferentes visiones de los enemigos del pasado: religiosos que quieren restaurar una teocracia contra seculares de diferentes ideologías a favor de la república.

El conflicto de siglos entre el fundamentalismo sunita y el chiíta, actualmente desbordado en Iraq y el Líbano, ha encontrado un terreno fértil en Yemen, en donde la guerrilla radical chiíta zaydi de la tribu Houthi ataca al gobierno del autócrata secular Ali Abdullah Saleh, buscando la restauración de la monarquía religiosa; mientras que tribus sunitas del sur alojan a miembros de Al Qaeda, que llegaron de Afganistán tras la retirada soviética en 1989, y otros que cruzan la frontera escapando de la persecución

del régimen saudita. Desde entonces, la filial de Al Qaeda en la Península Arábiga (AQAP) actúa con impunidad aprovechando que su dictador Saleh no logra controlar gran parte del territorio yemení, por sus fluctuantes alianzas con tribus, guerrillas y países, de acuerdo a su interés de superar sus más de 36 años en el poder.

Ante esta realidad, no es de extrañar que Yemen sea un nicho en constante conflicto entre tropas de un débil gobierno, grupos fanáticos sunitas y chiitas, y de «señores de la guerra» que manejan una sofisticada industria de tráfico de armas, secuestros de extranjeros y comercio de equipos que utilizan los piratas somalíes al otro lado del mar Rojo. Esto ocurre en una de las zonas más estratégicas del mundo, puesto que además de tener petróleo, Yemen limita con el golfo de Adén, lugar de paso para barcos petroleros entre el océano Índico y el mar Mediterráneo. Para Al Qaeda, el control de este territorio tiene otro valor agregado, puesto que su ubicación sirve de vínculo de sus sucursales del Oriente Medio con las de países árabes africanos<sup>4</sup>.

Si el dictador Saleh es derrocado, será reemplazado por otro, pues los habitantes del sur no quieren que los islamistas del norte creen un régimen fundamentalista basado en el Corán, por lo que el destino de Yemen no será el de Egipto, Túnez u otras naciones árabes que puedan cambiar a sus actuales regímenes.

Por otro lado, Libia es uno de los principales países árabes que no ha logrado desmontar su estructura tribal, hasta el punto que la fuerza de sustento del dictador Gadafi es la lealtad de la tribu Gadadfa y el clan Magarha, los que dominan puestos claves de las Fuerzas Armadas y los servicios secretos. También, Gadafi se vale de mercenarios africanos para controlar a una población variopinta y heterodoxa que se siente representada por la tribu Warfallah —que cuentan con uno de los siete millones de habitantes del país— y cuyos principales representantes en este momento lideran a los rebeldes del Este del país, alrededor de la ciudad de Bengasi. En una sociedad sin casi instituciones estatales, la lealtad de las tribus determina, en buena parte, el balance de poder.

Por su parte, en Siria el clan Al-Assad, con su actual dictador Bashir, controla con un sistema de partido único —el Baath, socialista y militar— a toda la sociedad, pero su apoyo se basa en un grupo religioso llamado los alauitas, que son una subrama del islam chiíta, y que solo representa a menos del 20% de la población. Por esto es que el régimen teme tanto a liberalizar al mínimo el sistema totalitario pues la mayoría sunita y otros grupos como los drusos, cristianos y chiítas no alauitas, podrían vengar cuatro décadas de represión.

---

<sup>4</sup> Una estadística nos da la clave sobre la tragedia de Yemen: es el segundo país del mundo con más armas ligeras de fuego, unas 60 por cada 100 habitantes.

Así, ¿puede extenderse el término «primavera árabe» a estos tres países? Si esta definición causó optimismo a muchos que hoy dudan que el destino de Túnez, Egipto y otras naciones árabes conduzcan a la democracia, ciertamente no es aplicable para sociedades tribales, confesionales y plenas en tribulaciones como Yemen, Libia y Siria.

## 6. Conclusión

El historiador occidental que más tiempo ha investigado al mundo árabe, Bernard Lewis, piensa que las tiranías están condenadas a caer en el Oriente Medio y el Magreb, pero explica que la democracia, para los árabes, tiene un significado diferente que para los occidentales: «[...] la palabra árabe más cercana a nuestro concepto de libertad es justicia. En la tradición musulmana la justicia es el referente».

En los países árabes más cohesionados, como Egipto, Túnez, Marruecos, etcétera, la exigencia de justicia pasa por la mejora de calidad de vida de sus grandes mayorías y el comienzo del fin de los regímenes que durante décadas han creado una desigualdad social inaceptable. En otras naciones, la justicia o democracia pasa por la exigencia de acabar con la hegemonía de un grupo sobre otro: una minoría chiíta (los alauitas) gobernando sobre la mayoría sunita en Siria; una elite sunita con súbditos chiítas en Bahrein<sup>5</sup>, o una tribu imponiéndose a otra como en Libia. Lewis, quien recientemente ha manifestado estar «encantado» con los movimientos populares árabes alerta que no es bueno insistir en que en esos países se celebren elecciones apresuradamente: «Tenemos muchas más posibilidades de establecer —me da reparo usar la palabra democracia— alguna clase de sociedad abierta y tolerante si se hace dentro de sus sistemas, de acuerdo con sus tradiciones. ¿Por qué tenemos que esperar que adopten un sistema occidental? ¿Y por qué tenemos que esperar que funcione?», pregunta.

Lo mismo ha venido planteado el politólogo Fareed Zakaria durante años cuando sugiere que el mundo árabe debe primero abrirse al liberalismo constitucional y luego a las elecciones. En su libro *El futuro de la libertad*<sup>6</sup>, Zakaria invita a que occidente acepte que no es conveniente forzar a los regímenes de los países árabes a celebrar elecciones de manera apresurada, sino que hagan una serie de reformas económicas y políticas, como primer paso de apertura para sus ciudadanos. Otorgando libertad de prensa, expresión y credo, y descentralizando un poco el poder, puede ser un excelente inicio que permitirá a los árabes canalizar sus reclamos por vías democráticas y no aunándose a grupos de fanáticos religiosos.

<sup>5</sup> Véase: <http://arielsegal.wordpress.com/2011/03/07/entre-dos-mares>

<sup>6</sup> ZAKARIA, Fareed. *El futuro de la libertad*. México: Taurus, 2003.

¿Va el mundo árabe hacia la democracia? Si es así, no será precisamente a corto plazo, a la que nosotros conocemos en Occidente. Si cada nación árabe, de acuerdo a su realidad social, política, económica y religiosa, aplica reformas que minimicen la represión, entonces, a mediano plazo podrían hacer elecciones sin arriesgar a que grupos islamistas, que también aprovecharan esa libertad para entrar en la política, no terminen por acceder al poder, para luego —como hicieron Hitler, Mussolini y muchos otros de sus discípulos siguen haciendo— crear sistemas totalitarios.

Por ahora, algunos árabes como los sirios, yemeníes y libios, siguen en un triste invierno, y algunos, como Marruecos, Jordania, Egipto y otros del Magreb, en un nebuloso otoño que algún día podría conducirlos a una verdadera primavera.